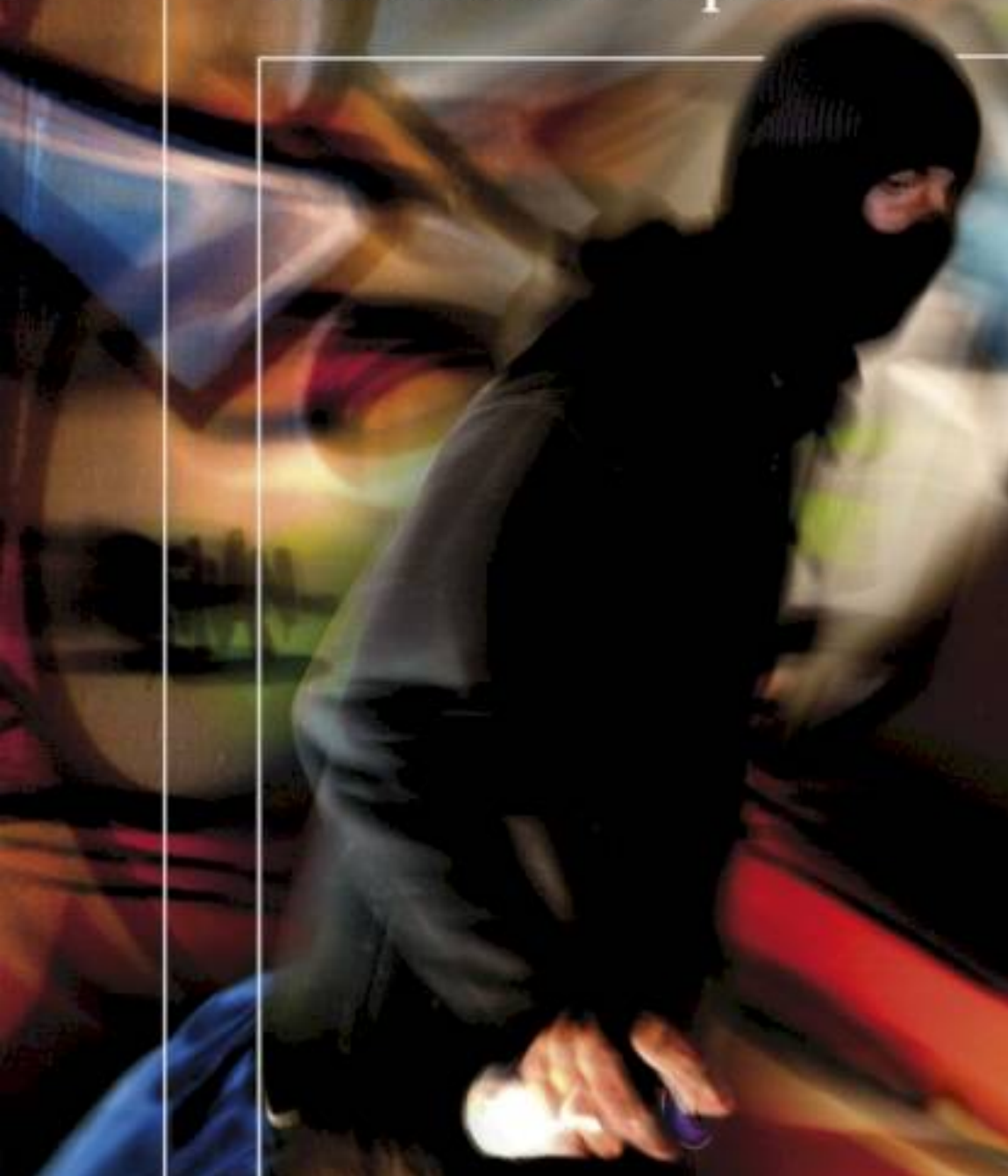


Arturo Pérez-Reverte

El francotirador paciente



La ciudad es un campo de batalla. Un artista callejero lanza desafíos como si fueran bombas. El único arte posible es un ajuste de cuentas.

Un encargo editorial pone a Alejandra Varela, especialista en arte urbano, tras la pista de Sniper, un reconocido artista del grafiti, promotor de acciones callejeras al límite de la legalidad —algunas de ellas con resultados fatales— del que casi nadie ha visto jamás el rostro ni conoce el paradero. La búsqueda conducirá a la protagonista de Madrid a Lisboa, y de ahí a Verona y Nápoles en su intento por descifrar cuál es el objetivo al que apunta la mira mortal del cazador solitario.

*El francotirador paciente* es un *thriller* que apasiona, un formidable duelo de inteligencias, un juego al límite entre perseguidor y presa. Porque el tiempo no es lo más importante cuando quedan cuentas pendientes.

*Érase una vez una raza especial de personas  
llamadas escritores de grafiti.  
Pelearon una fiera batalla contra la sociedad.  
El resultado todavía se desconoce.*

*Ken, grafitero  
En una pared de Nueva York, 1986*

*En el complejo mundo del grafiti, por su carácter con frecuencia clandestino, las firmas de escritores son innumerables y cambiantes, por lo que resulta imposible establecer una nómina oficial. Por esa razón, todos los nombres que figuran en esta novela, excepto los de grafiteros y artistas muy conocidos a los que se menciona de modo expreso, deben considerarse imaginarios o coincidencias accidentales.*

## En la ciudad. 1990

Eran lobos nocturnos, cazadores clandestinos de muros y superficies, bombarderos sin piedad que se movían en el espacio urbano, cautos, sobre las suelas silenciosas de sus deportivas. Muy jóvenes y ágiles. Uno alto y otro bajo. Vestían pantalones vaqueros y sudaderas de felpa negra para camuflarse en la oscuridad; y, al moverse, en las mochilas manchadas de pintura tintineaban sus botes de aerosol provistos de boquillas apropiadas para piezas rápidas y de poca precisión. El mayor de los dos tenía dieciséis años. Se habían conocido en el metro dos semanas atrás, por las mochilas y el aspecto, mirándose de reojo hasta que uno de ellos hizo con un dedo, sobre el cristal, el gesto de pintar algo. De escribir en un muro, en un vehículo, en el cierre metálico de una tienda. Habían intimado pronto, buscando juntos huecos o piezas ajenas en paredes saturadas, fábricas abandonadas del extrarradio e instalaciones ferroviarias, merodeando con sus aerosoles hasta que vigilantes o policías los ponían en fuga. Eran plebeyos, simple infantería. El escalón más bajo de su tribu urbana. Parias de una sociedad individualista y singular en la que sólo se ascendía por méritos ganados en solitario o en pequeños grupos, imponiendo cada cual su nombre de batalla con esfuerzo y constancia, multiplicándolo hasta el infinito por todos los rincones de la ciudad. Los dos eran chicos recién llegados a las calles, todavía con poca pintura bajo las uñas. Chichotes vomitadores, dicho en jerga del asunto: escritores novatos de firma repetida en cualquier sitio, poco atentos al estilo, sin respetar nada ni a nadie. Dispuestos a imponerse ta-

chando lo que fuera, firmando de cualquier modo sobre piezas ajenas, con tal de hacerse una reputación. Buscaban, en especial, obras de consagrados, de reyes callejeros; grafitis de calidad donde escribir su propio logo, el tag, la firma mil veces practicada, primero sobre un papel, en casa, y ahora sobre cuanta superficie adecuada se topaban de camino. En su mundo hecho de códigos, reglas no escritas y símbolos para iniciados, donde un veterano solía retirarse a poco de cumplir los veinte años, un tachado sobre una firma ajena era siempre una declaración de guerra; una violación de nombre, territorio, fama de otros. Los duelos eran frecuentes, y eso era lo que aquellos chicos buscaban. Habían estado bebiendo coca-cola y bailando break hasta la medianoche, y ahora se sentían ambiciosos y osados. Soñaban con bombardear y quemar con su firma los muros de la ciudad, los paneles de las autopistas. Soñaban con cubrir superficies móviles tradicionales como un autobús o un tren de cercanías. Soñaban con la pieza más difícil y codiciada por cualquier grafitero de cualquier lugar del mundo: una chapa. Un vagón de metro. O de momento, en su defecto, pisarle el tag a uno de los grandes: *Tito7*, *Snow*, *Rafita* o *Tifón*, por ejemplo. Incluso, con suerte, a los mismísimos *Bleck* o *Glub*. O a *Muelle*, el padre de todos ellos.

—Ahí —dijo el más alto.

Se había detenido en una esquina y señalaba hacia la calle contigua, iluminada por una farola que esparcía un círculo de luz cruda sobre la acera, el asfalto y parte del muro de ladrillo de un garaje con el cierre metálico bajado. Había alguien allí, frente al muro, en plena escritura, justo en el límite de la luz y la sombra. Desde la esquina sólo podía vérsese de espaldas: delgado, aspecto joven, una sudadera de felpa con la capucha puesta sobre la cabeza, la mochila abierta a los pies, un aerosol en la mano izquierda, con el que en ese momento rellenaba de rojo una enorme *r*, sexta letra de un tag marcado con caracteres de un metro de altura y aspecto singular: un estilo de pompa sombreado,

sencillo y envolvente, fileteado con outline azul, grueso, en el que parecía estallar, como un brochazo o un disparo, el rojo de cada una de las letras que contenía.

—Hostia hostia —murmuró el chico alto.

Estaba inmóvil junto a su compañero, mirando asombrado. El que trabajaba en la pared había terminado de dar color a las letras, y ahora, tras buscar en el interior de la mochila ayudándose de una pequeña linterna, empuñaba un aerosol blanco con el que cubrió el interior del punto de la letra central, que era una *i*. Con movimientos rápidos, en toques cortos y precisos, el grafitero rellenó el círculo y lo cruzó luego en vertical y horizontal con dos líneas negras que le daban un aspecto parecido a una cruz celta. Después, sin mirar siquiera el resultado final, se inclinó para guardar el bote en la mochila, cerrar ésta y colgársela a la espalda. El punto de la *i* se había convertido ahora en el círculo del visor de una mira telescópica, como la de los rifles.

El grafitero desapareció calle abajo, en la oscuridad, oculto el rostro bajo la capucha. Ágil y silencioso como una sombra. Fue entonces cuando los dos chicos dejaron la esquina y caminaron hacia la pared. Se quedaron unos instantes bajo la luz de la farola, mirando el trabajo recién hecho. Olía a pintura fresca, a escritura en condiciones. Para ellos, el mejor olor del mundo. Olor a gloria urbana, a libertad ilegal, a fama dentro del anonimato. A chorros, bum, bum, bum, de adrenalina. Estaban seguros de que nada olía tan bien como aquello. Ni siquiera una chica. Ni una hamburguesa.

—Vamos allá —dijo el chico bajo.

Era el más joven de los dos. Había sacado un aerosol de su mochila para escribir sobre la pieza recién pintada en la pared. Dispuesto a un tachado en condiciones; no una, sino cuantas veces fuera posible. A un implacable bombardeo. Aunque cada uno de ellos tenía su tag propio —*Blimp* el

suyo, Goofy el del otro—, cuando iban juntos utilizaban otro común, *AKTJ: Adivina Kién Te Jode*.

El chico alto miró a su compañero, que sacudía el bote para mezclar la pintura: Novelty negro de doscientos mililitros y boquilla estrecha, robado en una ferretería. Bombardear como ellos lo hacían, con una burda firma repetida una y otra vez, no precisaba sofisticación alguna. La cuestión no era que el logo fuese bonito, sino que apareciera por todas partes. A veces, con tiempo y calma, pensando en un futuro más o menos inmediato, intentaban piezas complejas con varios colores, sobre tapias medio derruidas o paredes de fábricas abandonadas. Pero aquél no era el caso. Se trataba de una incursión rutinaria, de castigo masivo. Por la cara.

El que empuñaba el aerosol se acercó a la pared con el dedo listo, buscando un sitio donde aplicar el primer tachado. Acababa de decidirse por el círculo blanco situado sobre la letra central, cuando su compañero lo sujetó por un brazo.

—Espera.

El chico alto contemplaba la pieza escrita, cuyo rojo brillante parecía reventar a la luz de la farola como gotas de sangre entre los contornos de las letras. Su rostro traslucía sorpresa y respeto. Aquello era mucho más que una simple obra de grafitero común. Era una pieza en toda regla.

Impaciente, el más joven levantó de nuevo el aerosol, apuntando al círculo blanco. Hervía de ganas por empezar la faena. La noche era corta, e innumerables las presas a cobrar. Llevaban, además, demasiado tiempo en un mismo sitio. Eso vulneraba la norma básica de seguridad: escribe rápido y vete. En cualquier momento podía aterrizarles encima un guardia, haciéndoles comerse lo suyo y lo ajeno.

—Espera, te digo —lo retuvo el otro.

Seguía mirando la pieza de la pared, con la mochila a la espalda y las manos en los bolsillos. Parado y balanceándose despacio sobre los pies. Pensativo.



—Es bueno —concluyó al fin—. Es jodidamente bueno.

Su compañero se mostró de acuerdo con un gruñido. Luego se puso de puntillas, apretó la boquilla del aerosol y escribió *AKTJ* en el círculo blanco con una cruz. Sobre la mira telescópica, de francotirador, de la palabra *Sniper*.

## 1. Las ratas no bailan claqué

Mientras prestaba atención a la propuesta que iba a cambiar el sentido de mi vida, pensé que la palabra azar es equívoca, o inexacta. El Destino es un cazador paciente. Ciertas casualidades están escritas de antemano, como francotiradores agazapados con un ojo en el visor y un dedo en el gatillo, esperando el momento idóneo. Y aquél, sin duda, lo era. Uno de tantos falsos azares planeados por ese Destino retorcido, irónico, aficionado a las piruetas. O algo así. Una especie de dios caprichoso y despiadado, más bromista que otra cosa.

—Vaya, Lex... Qué casualidad. Iba a llamarte uno de estos días.

Me llamo Alejandra Varela, aunque todos me llaman Lex. Hay quien después de pronunciar mi nombre añade un par de adjetivos no siempre agradables; pero estoy hecha al asunto. Curtida por diez años de oficio y treinta y cuatro de vida. El caso es que los astros empezaron a alinearse desde aquel momento, tras esas palabras, cuando la voz educadísima de Mauricio Bosque, propietario y editor de Birnan Wood, sonó a mi espalda en la librería del Museo Reina Sofía. Yo había estado echando un vistazo a las mesas de novedades, y ahora lo escuchaba atenta, sin manifestar entusiasmo ni indiferencia. Con la cautela adecuada para que mi interlocutor no cayera en la tentación de regatear mis honorarios, si de eso se trataba. Algunos empleadores estúpidos tienden a confundir el interés por tu trabajo con la disposición a cobrar menos por hacerlo. Mauricio Bosque, un chico fino, rico y listo, estaba lejos de ser un es-

túpido; pero como cualquier otro de los que yo trato en el mundo de la edición —ahí todos oyen caer al suelo una moneda y dicen «mía»—, era capaz de recurrir al menor pretexto con tal de adelgazar gastos. Ya me lo había hecho otras veces, con su pulcra sonrisa y sus chaquetas de sport hechas a medida en Londres, o en donde se las hiciera. Y lo veía venir.

—¿Estás en algo ahora?

—No. Mi contrato con Studio Editores caducó hace un mes.

—Tengo una propuesta que te gustará. Pero no es para hablarla aquí.

—Dame un avance.

Toqueteaba Mauricio los libros, acomodando uno de los suyos —*Ferrer-Dalmau: una mirada épica*— para que se viera más destacado entre los otros.

—No puedo —miró a los lados con aire de conspirador guasón, demorándose en la joven que atendía el mostrador—. Éste no es lugar a propósito.

—Dámelo en pequeñito, anda... Un flash.

Nos interrumpió la llegada de un rebaño de quinceañeros franceses, con mucho barullo en lengua de Voltaire: viaje de estudios, naturalmente. La culta Francia, o en todas partes cuecen habas. Salí con Mauricio de la librería, abriéndonos paso entre una ruidosa babel de otros jóvenes y de abueletes jubilados que alborotaban en la planta baja del museo. En el patio interior, el cielo cubierto filtraba una atmósfera gris y la tierra se veía mojada de lluvia reciente. El pequeño café estaba cerrado, triste, con las sillas húmedas puestas sobre las mesas.

—Preparo un libro —dijo Mauricio—. Grande, importante. Con derivaciones complejas.

—¿Asunto?

—Arte urbano.

—Precisa más, anda.

Mauricio contemplaba el *Pájaro lunar* de Miró con aire pensativo, las gafas de diseño ligeramente caídas hacia la punta de la nariz, cual si calculara cuánto dinero podría sacar de aquellas redondeadas formas de metal una vez convertidas en ilustraciones sobre papel impreso. Tal es la forma en que el dueño de Birnan Wood suele mirar las cosas y a la gente. La suya es una casa editora de enorme éxito incluso en los tiempos que corren, especializada en catálogos y libros de arte lujosos y caros. O más bien muy lujosos y muy caros. Resumiendo: metes en un buscador de Internet las palabras *editor* y *megapijo*, le das a la tecla Intro y sale la foto de Mauricio Bosque sonriendo de oreja a oreja. Apoyado en un Ferrari.

—Sniper —dijo.

Curvé los labios y silbé. Por dentro estaba sin aliento. Petrificada.

—¿Autorizado, o sin autorizar?

—Ése es el asunto.

Silbé de nuevo. Una chica joven que pasaba cerca me miró de soslayo, incómoda, dándose por aludida. No me importaba en absoluto que se lo diera, por supuesto. Era bonita. La miré moverse lánguida, consciente de mis ojos, vagamente escandalizada, mientras se alejaba por el patio.

—¿Y qué pinto yo en eso?

Mauricio miraba ahora el enorme móvil de Calder que está en el centro del patio. Permaneció así, fija en él la vista, hasta que la veleta roja y amarilla dio una vuelta completa sobre su eje. Al fin inclinó un poco la cabeza mientras encogía los hombros.

—Eres mi scout predilecta. Mi exploradora intrépida.

—No me des jabón. Significa que esta vez tienes intención de pagarme poco.

—Pues te equivocas... Es un buen proyecto. Bueno para todos.

Pensé unos segundos. El Destino me hacía guiños sentado bajo lo de Calder. En jerga editorial, un scout es al-

guien encargado de localizar autores y libros interesantes. Una especie de rastreador culto, cualificado, con buen olfato: alguien que frecuenta ferias internacionales de libros, hojea los suplementos literarios, toma el pulso a las listas de más vendidos, viaja en busca de novedades interesantes y cosas así. Estoy especializada en arte moderno, y ya había trabajado antes para Birnan Wood, así como para Studio Editores y Aschenbach, entre otra gente de peso. Yo les propongo libros y autores, o ellos me encargan localizarlos. Firmo un contrato temporal exclusivo, trabajo duro y cobro por ello. Con el tiempo, conseguí buen cartel en la profesión, una agenda gruesa, contactos y clientes en una docena de países —los editores rusos, por ejemplo, me adoran—. Dicho en corto, me las arreglo bien. Soy sobria, de pocos gastos. Vivo sola, incluso cuando no lo estoy. Vivo de eso.

—Por lo que sé de Sniper —aventuré con cautela—, ese tipo podría encontrarse en el planeta Marte.

—Sí —Mauricio sonreía torcido, casi cruel—. Por la cuenta que le trae.

—Explícamelo —dije.

—¿Por qué no te pasas uno de estos días por la editorial?

Arrugué las cejas, aunque sólo por dentro. Por fuera esgrimí una sonrisa desolada, conveniente. No era lo mismo su terreno —una inmensa oficina acristalada que parecía flotar como un dirigible sobre el paseo de la Castellana— que un sitio neutral donde él no pudiera mirar por encima de mi hombro, como si me olvidase a ratos, el espléndido Beatriz Milhazes que cuelga de una pared en su despacho. Prefería negociar privándolo de toda ventaja, lejos de aquellos incómodos muebles de vidrio, plástico y acero, estantes llenos de libros carísimos y cimbreadas secretarías de ubres operadas.

—Tardaré algún tiempo —mentí, tanteando—. Tengo algunos viajes previstos.

Casi podía oírlo pensar. No el contenido, claro; pero sí el procedimiento. Para mi sorpresa, cedió con insólita rapidez.

—¿Y si te invito a comer? —concluyó.

—¿Ahora?

—Claro. Ahora.

El restaurante era japonés, o asiático. Shikku, se llama. Casi en la esquina de Lagasca con Alcalá, frente al Retiro. Mauricio se deshace por esa clase de sitios. No recuerdo haber comido nunca con él en uno normal, europeo, de toda la vida. Siempre tienen que ser carísimos y de diseño, mejicanos, peruanos o japoneses. Estos últimos le gustan mucho porque le dan ocasión de encargar sushis y sashimis con nombres exóticos y mostrarse hábil manejando los palillos —yo siempre pido un tenedor— mientras te explica la diferencia entre el pescado crudo cortado a la manera de Okinawa y la de Hokkaido. O algo así. Eso seduce a las mujeres, me comentó una vez con unas algas colgando de los palillos, en el Kabuki. Bueno, Lex —aquí interpuso una sonrisa diplomática tras meditar un instante, mirándome—. Me refiero a cierta clase de mujeres.

—Cuéntamelo ya —sugerí cuando nos acomodamos en una mesa.

Me lo contó. Por encima y a grandes rasgos, con breves pausas para observar el efecto. Para comprobar si el cebo bailaba de manera adecuada ante mis ojos, haciéndome salivar. Y sí, claro. El proyecto habría estimulado las glándulas de cualquiera. Se lo dije. También era de realización casi imposible, y eso también se lo dije.

—Nadie sabe dónde está Sniper —resumí.

Por la manera en que Mauricio vertió un poco de sake caliente en mi cubilete, supe que tenía algún as en la manga. Ya dije antes que el editor de Birnan Wood dista mucho de ser un estúpido.

—Tú puedes. Conoces a la gente adecuada, y la gente adecuada te conoce a ti. Te pago todos los gastos y tienes

el cuatro por ciento del primer contrato.

Me eché a reír en su cara. Soy perra vieja.

—Eso es como si me ofrecieras una parcela en el circo de Hiparco. Perderemos el tiempo.

—Oye —alzaba un dedo, admonitorio—. Nadie ha publicado nunca un catálogo completo de ese tío. Una gran obra en varios volúmenes, los que hagan falta. Algo monumental. Y no sólo eso.

—Lleva casi dos años escondido, con la cabeza puesta a precio. Literalmente.

—Ya lo sé. Hablamos del artista más famoso y más buscado del arte urbano, a medio camino entre Banksy y Salman Rushdie... Una leyenda viva y toda esa murga. Pero tampoco es que se dejara ver mucho, antes de eso. En más de veinte años, desde que empezó como simple grafitero, casi nadie le ha visto la cara... Marca registrada, y punto: Sniper. El francotirador solitario.

—Pero es que ahora quieren matarlo, Mauricio.

—Él se lo buscó —reía, malévolo—. Que apechugue.

Era un bonito verbo: apechugar. Imaginé a Sniper apechugando.

—Nunca podré encontrarlo —concluí—. Y en el caso improbable de que lo consiguiera, me mandaría a paseo.

—La oferta que le transmitirás es de barra libre por mi parte. Él pone las condiciones. Y yo lo consagro para siempre y hago entrar su obra en el círculo de los dioses, co-deándose con lo más.

—¿Tú solo?

Lo pensó un momento. O hizo como lo pensaba.

—Nada de solo —concedió—. Tengo detrás a gente con mucho dinero: galeristas británicos y norteamericanos, dispuestos a invertir en esto como quien invierte en un negocio enorme.

—¿Por ejemplo?

—Paco Montegrifo, de Claymore... Y Tania Morsink.

Moví la cabeza, impresionada.